

La política argentina en el siglo XIX: notas sobre una historia renovada (artículo en prensa a ser publicado en *Ensayos sobre la Nueva Historia Política en América Latina, s. XIX*. México, El Colegio de México y Comité Internacional de Ciencias Históricas).

Hilda Sabato¹

1. Puntos de partida

En el año 1988, en un editorial que llevaba el sugerente título de “Histoire et sciences sociales: un tournant critique?”, la revista *Annales* se hacía eco de una agitación teórica y epistemológica que hacía tiempo sacudía a la disciplina.² La relación privilegiada que durante varias décadas la historia había mantenido con las ciencias sociales, en particular con la economía y la sociología, había entrado en crisis. Esa crisis era parte de un cambio mayor en la manera de concebir y escribir la historia, que abrió un período de controversias, ensayos y experimentaciones en la disciplina. Esta hoy se ha desgajado del papel central que ocupó en el pasado en la forja y la legitimación de identidades (sobre todo nacionales, pero también de clase) así como de su pretensión de explicar globalmente el mundo. Sus formulaciones totalizadoras se sustentaban, decía el mismo editorial de *Annales*, en el consenso implícito “que fundaba la unidad de lo social identificándolo con lo real”. Ese consenso está quebrado. La segmentación de las miradas, la multiplicidad de lenguajes y estrategias de investigación, la disolución de hegemonías interpretativas y la falta de confianza en cualquier interrogación que se pretenda omnicompreensiva han desembocado en una diversidad de preguntas, enfoques, métodos e interpretaciones. Esta coexistencia de concepciones historiográficas, no siempre pacífica, se ha revelado sin embargo resistente a las hegemonías.

¹ Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (Programa PEHESA del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”) y CONICET.

Estos cambios han sido especialmente productivos para el campo de la historia política. Por una parte, ha dejado de ocupar el lugar de rama arcaica y menor que tenía en la marco de los paradigmas dominantes hasta hace un cuarto de siglo. Arcaica, porque se la asociaba con la *histoire événementielle*; menor, porque su objeto de estudio, la política, debía explicarse a partir de otras dimensiones de lo social que la determinaban en última instancia. Por otra parte, se ha beneficiado no solo por la disolución de la hegemonía ejercida por otras ramas sino, también, por la difundida desconfianza en los modelos teleológicos y las explicaciones estructurales, y por el interés creciente que despiertan la acción humana y la contingencia como dimensiones significativas de la interpretación histórica.

Libre, entonces, de muchos de los corsés y de los clichés que durante décadas la condicionaron, la historia política ha florecido. La interrogación sobre el poder se ha visto, además, estimulada por los problemas del presente y como siempre ocurre con nuestra disciplina, ese presente ha tenido una importancia decisiva a la hora de definir las preguntas que se formulan al pasado. Así, es fácil asociar la renovación de las problemáticas en la historia política a los debates contemporáneos sobre la democracia y sus transiciones (en América Latina, en Europa Oriental), la caída del socialismo real, la crisis de la representación, las variaciones de la ciudadanía y el lugar de la sociedad civil.

La historiografía argentina no ha sido ajena a todos estos cambios.³ Por el contrario, ellos han sido potenciados por motivos institucionales. Los últimos veinte años fueron testigos de un cambio profundo en las condiciones de producción historiográfica. Luego de la cerrazón de la vida académica e intelectual impuesta a fuego por la dictadura

² *Annales*, 1988.

militar, hacia 1984 se inició un proceso de formación de un campo académico y de profesionalización de la historia de una magnitud inédita en el país. Los efectos de esa transformación hoy están a la vista: la consolidación de centros de investigación y enseñanza, la proliferación de revistas especializadas y de reuniones científicas, la formación de nuevas generaciones de historiadores con carreras académicas de excelencia, la multiplicación de proyectos de investigación y de los artículos, tesis y libros que vuelcan sus resultados.⁴ Este mundo en expansión estaba ávido de novedades y por lo tanto adoptó y procesó con rapidez muchos de los cambios que atravesaban a la historiografía. Solo así se puede entender la verdadera explosión que experimentó la historia política en la Argentina reciente.

2. Antecedentes

Esta explosión no se hizo sobre terreno virgen y reconoce dos importantes antecedentes previos: en exploraciones del pasado argentino realizadas en las décadas de 1970 y 1980 desde la ciencia política y en algunos trabajos de historia ya convertidos en clásicos. Entre las primeras, se ha señalado el predominio del enfoque institucional de inspiración norteamericana, que por esos años adquirió en América Latina un perfil propio y original.⁵ Pero también desde la izquierda y de la mano de Antonio Gramsci se revalorizaba la política.⁶ El Estado se constituyó en tema principal de las indagaciones de los científicos políticos de distintas tradiciones y, en relación con él, se avanzó por una

³ Sobre los desarrollos de la historiografía política argentina en los últimos treinta años ver, por ejemplo, Alonso, 1998; Botana, 1994; Cattaruzza, 1996; Gallo, 1990; Halperin Donghi, 1986; Sabato, 1995.

⁴ Sobre los cambios institucionales en las condiciones de producción historiográfica y sus resultados ver, entre otros, Halperin Donghi, 1986; Hora, 2001; Romero, 1996; Sabato, 1995 y 2001 (a).

⁵ Oszlak, 1983.

⁶ Aricó, 1988.

parte sobre la naturaleza de los regímenes políticos y por la otra, sobre los actores que protagonizaban la escena, tales como las FFAA, los sindicatos y los partidos pero también los más nuevos movimientos sociales. La mirada hacia atrás estaba presente en muchos de estos trabajos, que constituyen referencias importantes para la historia política. Entre todos ellos y en torno del tema crucial del Estado, se destacan los libros de Oscar Oszlak, *La formación del Estado argentino* y de Guillermo O'Donnell, *1966-1973. El Estado burocrático autoritario*, ambos de 1982.⁷

Un texto clave para los historiadores ha sido el de Natalio Botana: *El orden conservador*, de 1977, dedicado al estudio del régimen político instaurado en 1880, de su consolidación y de la paulatina pérdida de legitimidad que desembocó en su transformación. Se trata de un libro peculiar, que se ubica explícitamente en el cruce entre la historia y la sociología política, y que se distingue del conjunto anterior tanto por sus referencias teóricas como por su abordaje metodológico. Botana construye allí una imagen de ese régimen que “semeja –dice- un *tipo ideal*” y que resulta, a su vez, de un proceso de reconstrucción histórica riguroso. También avanza sobre temas nuevos para esos años, como el sufragio y las prácticas electorales, lo que lo convierte en una referencia insoslayable para la reciente renovación.⁸

Por ese y otros motivos, el texto de Botana se incluye en el listado breve pero decisivo de los clásicos de la historia política argentina. Allí figuran los ensayos de José Luis Romero, algunos trabajos de Ezequiel Gallo y sobre todo, los libros de Tulio Halperin Donghi. Estos constituyen un horizonte común, un punto de partida ineludible para la nueva historiografía que, aunque se distancie de ellos en algunos puntos, indague

⁷ Oszlak, 1982; O'Donnell, 1982.

⁸ Botana, 1977.

en dimensiones que aquéllos no exploraban o discuta algunas de sus propuestas, no ha producido una ruptura radical ni se presenta como interpretación global alternativa.

Los trabajos recientes se inscriben, eso sí, en problemáticas nuevas y han ido generando un contorno interpretativo diferente al definido por los clásicos. Pero esa identificación de conjunto es solo posible cuando ya han transcurrido casi dos décadas desde que se escribieron los primeros trabajos que hoy ubicamos en la renovación. Ésta fue tomando forma gradualmente, sin manifestos explícitos ni figuras hegemónicas, el resultado de una variedad de iniciativas autónomas de investigación sobre temas también variados. Ahora las ubicamos en un mismo campo, les damos un sentido, un sentido que permite vincularlas entre sí y ubicarlas en el contexto más general de la historiografía contemporánea, a la vez que genera un marco de referencia para la producción actual.

3. Nuevos interrogantes

Para la renovación, el largo siglo XIX ha sido el favorito (aunque, claro está, no de manera excluyente). Por mucho tiempo, la historia del diecinueve se escribió en términos de transiciones lineales; en el terreno político, se trataba de detectar los avances realizados en el camino progresivo de la sociedad y las instituciones de Antiguo Régimen a las del moderno estado-nación y los obstáculos encontrados en esa senda prefigurada de antemano y postulada como deseable. La puesta en cuestión de la noción evolutiva de un camino universal ha hecho estallar la lente a través de la cual se buscaba dar sentido a los procesos históricos. El siglo XIX ha ganado en densidad: períodos que antes se consideraban como meras etapas en el camino hacia el progreso ahora se estudian por

derecho propio, regiones antes consideradas marginales ganan visibilidad y cuestiones que aparecían subordinadas a las líneas de interpretación rectoras adquieren relevancia. Una gran variedad de temas se han abierto a la interrogación. En medio de la diversidad es posible, sin embargo, identificar campos problemáticos comunes, preguntas compartidas, inspiraciones e influencias coincidentes.

En primer lugar, la construcción del Estado y de la nación, tema tradicional de la historia política argentina, sigue siendo la cuestión central. Pero la mirada es otra. La nación y el Estado se toman ahora como problemas y no como presupuestos y se interrogan los complejos procesos políticos que tuvieron lugar luego de la caída del imperio español en América; los diferentes proyectos, intentos y ensayos de formación y organización de nuevas comunidades políticas, y las variantes que se abrieron una vez instituida la república y que alimentaron los conflictos de la segunda mitad del siglo.

Una dimensión de esos procesos ha pasado a primer plano: la que atañe a las relaciones entre sociedad civil y sociedad política. Este no es un tema nuevo en la historiografía, pues si bien una parte importante de los anteriores estudios sobre el poder estuvieron centrados en las instituciones del Estado y en las dirigencias políticas, sus conflictos internos y sus intercambios, no faltaron los intentos por detectar las bases sociales o las conexiones de clase de unas y otras. Pero la preocupación actual es algo diferente. Tiene como eje un postulado general: la construcción, reproducción y legitimación del poder político involucran no solo a las dirigencias y a quienes aspiran a serlo sino también al conjunto de quienes forman parte de la comunidad política sobre las que ese poder se ejerce. Y reconoce, además, un dato específico: En el caso de la Hispanoamérica posrevolucionaria, y del Río de la Plata en particular, la disolución del

orden monárquico y la opción por la república representativa implicaron la instauración de normas y mecanismos concretos de vinculación entre el conjunto de la población y quienes ejercían el poder en su nombre. En ese marco, las preguntas que se formulan sobre las relaciones entre sociedad política y sociedad civil son diferentes a las de antaño y giran en torno de las formas de soberanía, representación y participación, de los lenguajes políticos y las identidades colectivas, de la esfera pública y sus instituciones. Estas cuestiones han inspirado un conjunto importante y variado de investigaciones que, si bien tienen puntos de partida diversos, encuentran un espacio de confluencia en la problemática de la ciudadanía. Esto las vincula, por su parte, con un campo muy movido del debate político y público contemporáneo.⁹

Estas miradas han dado lugar, a su vez, a una reformulación de los interrogantes en torno de la sociedad política misma, en particular de las dirigencias, sus organizaciones y los mecanismos que ponían en marcha para alcanzar y conservar el poder. También sobre las instituciones. Así, la prensa, el Parlamento y el Poder Judicial adquieren centralidad. Paralelamente, la sociedad civil, sus diferentes grupos y sus formas de acción y organización se han convertido en temas que conciernen muy directamente a la historia política.

Sobre este horizonte de preocupaciones comunes, los abordajes han sido múltiples. Si la historia política siempre prestó atención, en dosis variables, tanto a las instituciones y las prácticas como a las ideas y las normas, en su nueva etapa la atracción por esa combinación de esferas se ha intensificado. Por una parte, la dimensión simbólica ha adquirido centralidad en la historiografía reciente, que entiende la esfera de las significaciones como constitutiva de la política. El interés tradicionalmente demostrado

⁹ Sabato, 2001 (b).

por las ideas sistemáticas, los discursos y, también, las mentalidades, se ha ampliado y modificado, en buena medida en virtud de los aportes que provienen de una historia intelectual y cultural también ella profundamente renovada. La categoría de “lenguajes políticos” ha cumplido en ese sentido un papel clave, así como la de “imaginario colectivo”.¹⁰ Por otra parte, en el terreno de las prácticas, los clásicos estudios sobre líderes y partidos, instituciones estatales y agencias de gobierno, se han visto desplazados –quizá en exceso- por la preocupación por cuestiones referidas a la prácticas de participación, a los comicios, las redes políticas y las clientelas electorales; a la estructura y actividad de las milicias; a las formas de acción y movilización colectivas de la población; a la constitución del movimiento asociativo, entre otras.¹¹

4. Influencias e inspiraciones

Entre tanta variedad de temas y abordajes se puede, sin embargo, reconstruir una trama de influencias e inspiraciones teóricas e historiográficas, que establecen un horizonte de referencias compartidas. No se trata de un bloque sólido o compacto, sino de un conjunto compuesto de elementos heterogéneos y no siempre fácilmente compatibles entre sí. Ello revela a la vez algo del quehacer historiográfico en general y del funcionamiento del campo intelectual argentino en particular. Los historiadores, es sabido, somos bastante eclécticos a la hora de tomar prestadas categorías y conceptos

¹⁰ Sobre el concepto de “lenguaje político”, ver Pocock, 1989 y Skinner, 1969; sobre el concepto de “imaginario colectivo”, ver Baczko, 1984.

¹¹ Menciono, a continuación, algunos de los trabajos recientes sobre la política en el siglo XIX inspirados por las preocupaciones y guiados por los abordajes a que se hace referencia en este punto. Si bien la producción es mucho más amplia, me limito aquí a citar los principales trabajos publicados como **libros** y omito mencionar los que se han volcado en artículos publicados en revistas o libros colectivos y los que están en formato de tesis o tesinas no publicadas, que suman decenas de títulos. Alonso, 2000; Bertoni, 2001; Bragoni, 1999; Cansanello, 2003; Chaves, 1997; Chiaramonte, 1997; De la Fuente, 2000; Goldman, 1992; González-Bernaldo, 2000; Hora, 2002; Lettieri, 1998; Myers, 1995; Sabato, 1998; Ternavasio, 2002.

teóricos, rasgo que se ha agudizado en estos tiempos de quiebre de los paradigmas fuertes. Además, como latinoamericanos, estamos siempre atentos a los desarrollos intelectuales de las metrópolis y allí somos, también, heterodoxos: recurrimos a diferentes tradiciones, las adaptamos y las mezclamos de maneras poco probables en sus lugares de origen. En este caso se agrega algo más, un rasgo original: la referencia a la historiografía de otros países latinoamericanos. Creo que podemos hablar hoy, sin temor a exagerar, de un campo problemático común que nos ha llevado a pensar los procesos históricos no solo comparativamente sino como parte de un mismo conjunto.

Paso, entonces, a las inspiraciones: No pretendo aquí hacer un recorrido sistemático de estas influencias, sino tan solo referirme a los núcleos que han resultado más importantes en la renovación de la historia política argentina del siglo XIX. Mencioné más arriba que la renovación no tuvo un foco único de irradiación y que fue tomando forma a partir de trabajos diversos. Eso mismo ocurre con las referencias teóricas e historiográficas: son vetas que funcionaron simultáneamente, a veces confluyendo, a veces en paralelo, a medida de los variados intereses y preocupaciones que motivaban a los investigadores. Esas vetas ahora han destilado en conjunto reconocible, citado “de rigor”, pero, de nuevo, eso no siempre fue así y me interesa rastrear sus recorridos.

Voy a comenzar por un lugar improbable para una historia política que reivindica la autonomía de su objeto: por la historia social, y en particular la inglesa de cuño marxista. Para quienes nos formamos en la izquierda estructuralista, la obra de E. P. Thompson y de Raymond Williams produjo –a partir de mediados de los años 70- un impacto de vastas consecuencias. En el terreno de nos convoca, ellos abrieron la

posibilidad de pensar la participación popular en la vida política con autonomía de las determinaciones estructurales. En estos últimos años, luego de un período de relativo desplazamiento, estos autores y la historia social reaparecen en la historia política argentina del XIX en nuevas combinaciones y con frecuencia en compañía de algunos nombres provenientes de la corriente de los estudios subalternos.

Más lógica y quizá también más importante ha sido (y sigue siendo) la incidencia de la historia intelectual y cultural. En las últimas décadas, el estudio de la esfera de las significaciones ha sido tanto o más renovado que el de la vida política. Ideas sistemáticas, pensamiento no formalizado, representaciones, discursos, ideologías, visiones del mundo, representaciones, prácticas culturales, lenguajes políticos, imaginarios colectivos: la variedad de cuestiones se ha ampliado y profundizado. Y ello ha tenido una repercusión muy grande en la historia política que ha recurrido a categorías y conceptualizaciones producidas en esa sede para abordar su objeto. Entre las influencias más visibles sobre la historiografía política argentina se destacan las ejercidas por la escuela de Cambridge, en las figuras de Quentin Skinner y J. G. A. Pocock, y las que provienen de la historiografía francesa, en particular los aportes de Roger Chartier y Pierre Rosanvallon, entre otros.

Desde la filosofía y la sociología políticas, varias de las discusiones contemporáneas más intensas y que están, además, en sintonía con cuestiones candentes del debate público argentino, han inspirado las interrogaciones de los historiadores. Por una parte, los debates sobre la representación y la ciudadanía, y por otra —estrechamente ligada a los primeros— los que giran en torno de la sociedad civil y que incluyen el capítulo referido a la esfera pública. En el primer caso, la revisión del modelo formulado en la década de 1950 por T.H. Marshall ha sido punto de confluencia entre especialistas

de diferentes campos, incluyendo la historia, procedentes de distintas tradiciones intelectuales (franceses como Bernard Manin y Maurice Roche, anglosajones como Bryan Turner y Carol Pateman, italianos como Salvatore Veca, alemanes como Jürgen Habermas, y así siguiendo). En estrecha relación con esos temas, la segunda gran vertiente es la que centra su atención en la sociedad civil, un tema de gran moda a partir de los 80, y que se entronca con la cuestión de la esfera y los espacios públicos. En este punto, las referencias se multiplican, pero los nombres de Jürgen Habermas y de algunos de sus críticos (como Geoff Eley y Nancy Fraser), de Hannah Arendt y en menor medida de Albert Hirshmann han sido, en la Argentina, los más utilizados en el campo de la historiografía política.

Estas influencias de otros campos disciplinarios llegaron directamente, pero también hubo caminos indirectos, a través de la historiografía misma. Aquí quisiera señalar trabajos históricos sobre tres núcleos temáticos principales: sobre sufragio, elecciones y ciudadanía; sobre sociabilidad y asociacionismo, y sobre “la nación”.

Los dos primeros grupos encuentran en la historiografía francesa un espacio privilegiado, pero no exclusivo, de referencia. Así, a los trabajos sobre elecciones y sufragio de Pierre Rosanvallon (posiblemente el más citado), Rene Rémond, Patrice Gueniffey, Alain Garrigou, entre otros, hay que sumarles los de Raffaele Romanelli para Italia, Frank O’Gorman para Inglaterra y José Varela Ortega y Javier Tussell para España. Los estudios europeos específicos sobre la sociabilidad a la Maurice Agulhon, así como los que abordan el problema con otras claves teóricas, han servido de inspiración a la investigación argentina.

Por su parte, la pregunta sobre el origen de la nación y los nacionalismos, que dio lugar a textos vastamente usados y citados – de Eric Hobsbawm, Benedict Anderson, Ernest Gellner y Partha Chatterjee, entre otros- contribuyó a poner en cuestión la idea de una nación prefigurada en el origen y alimentó los debates sobre la revolución de independencia y la formación de nuevas comunidades políticas en el XIX.

Finalmente, una palabra acerca de la influencia que la propia historiografía iberoamericana ha tenido en la Argentina. No ha sido frecuente incluir la historia nacional en procesos de escala regional o continental, salvo en términos muy generales. Si bien las ciencias sociales de los años 60 pensaban “América Latina”, en nuestra disciplina predominaron los enfoques locales.¹² Más aún, la producción académica de un país ha circulado poco y nada en los demás. En este sentido, la historia política reciente ha introducido un cambio muy notable: se analizan los procesos locales como parte de los más globales y se dialoga con una historiografía más amplia que la nacional.

En este terreno, la referencia a la figura de François-Xavier Guerra es insoslayable. Si bien los trabajos de Guerra muestran muchas de las influencias arriba mencionadas, él las combinó de manera original para generar un marco interpretativo propio a través del cual abordar la historia iberoamericana, en particular de la etapa de “las independencias”. En el caso argentino, ese marco fue adoptado sobre todo en estudios sobre la primera mitad del siglo XIX, y tuvo su impacto en el resto de la historiografía decimonónica. Sin embargo, la influencia de Guerra fue aquí paralela e incluso posterior a otras, de manera que, más que ocupar el lugar del precursor en sentido

¹² Una excepción a esta tendencia la ofrecen los trabajos de Tulio Halperin Donghi sobre América Latina.

estricto, jugó el papel fundamental de quien estimula y alimenta creativamente un movimiento ya en marcha.¹³

5. Resultados

¿Cómo evaluar los resultados de ese movimiento que ronda los veinte años? Una primera observación: se han escrito más libros, artículos y tesis de historia política en este lapso que en cualquier otro período anterior. Pero más no necesariamente significa mejor; ni siquiera bueno. ¿Qué aporta todo este nuevo material? ¿ha cambiado nuestra visión del siglo XIX en virtud de él? El balance no es fácil. Antes que intentarlo, prefiero más bien señalar brevemente lo que me resulta más interesante de esta renovación:

En primer lugar, la consideración de la política como una instancia relativamente autónoma de la vida social, pasible de análisis específicos. Más allá de las discusiones acerca de qué se incluye en esa instancia y de cómo se definen sus límites y sus interrelaciones con las otras dimensiones, lo cierto es que los nuevos trabajos funcionan con ese supuesto (que no les es exclusivo ni original pero que ellos han adoptado con total convencimiento).

En segundo lugar, la construcción de lecturas no lineales del siglo XIX. La caída del poder español abrió procesos complejos y conflictivos de conformación de nuevas comunidades políticas, de redefinición de soberanías, de constitución de poderes y regímenes políticos nuevos. Ni la nación ni el Estado se consideran prefigurados en el origen; tampoco se traza la historia como la de un tránsito inevitable hacia ellos.

¹³ El libro *Modernidad e independencias* (Guerra, 1992) tuvo gran impacto en la Argentina, seguido por el que fue generando su obra posterior. A ello se sumó la influencia inspiradora que Guerra ejerció a través del dictado de cursos, seminarios y conferencias, de su participación en reuniones y de la dirección de tesis e investigadores en el país.

La ruptura del orden colonial puso muy rápido en marcha una transformación que, en cambio, sí se probó irreversible, al menos para el Río de la Plata: la opción por la república, o mejor dicho, la adopción de formas republicanas de gobierno. Mientras Europa abrazaba la monarquía con renovados bríos, las Américas, con la sola excepción sostenida del Brasil, optaron definitivamente por la república. De esta manera, se convirtieron en un campo de experimentación política formidable, donde ideas e instituciones originadas en el Viejo Mundo fueron adoptadas y adaptadas, al mismo tiempo en que se generaban y ensayaban prácticas políticas nuevas, diversas, de resultados inciertos. Ese proceso ha sido resaltado por la renovación que ha dedicado buena parte de sus esfuerzos a analizar los intentos de conformación de repúblicas, en distintas versiones y formatos, y ha abierto a la indagación un abanico de problemas vinculados a las dimensiones simbólicas y prácticas involucradas en la construcción, conservación, reproducción y legitimación del poder en ese marco. Y aunque no todo lo que se ha escrito es novedoso u original, la producción de estos años ha resultado en un conjunto de imágenes e interpretaciones del siglo XIX bastante diferente del que existía hasta hace veinte años.

Todo esto no ha desembocado, sin embargo, en una visión global alternativa. No hay homogeneidad interpretativa ni conceptual en la renovación. Existen, más bien, fragmentos: fragmentos temporales, fragmentos regionales, miradas recortadas en torno a problemáticas específicas.¹⁴ También existe, es cierto, un conjunto de interrogantes

¹⁴ Hay una fragmentación regional, que por un lado permite analizar los procesos locales en su especificidad pero por el otro, genera el riesgo de que se pierdan de vista fenómenos que tienen un alcance más general. Al mismo tiempo, si al principio la provincia de Buenos Aires fue el foco privilegiado de los nuevos estudios, hoy esa centralidad va diluyéndose a medida que se multiplican los trabajos sobre otras regiones del país. En cuanto a la fragmentación temporal, si bien hay una tendencia a concentrarse en períodos específicos, no faltan los intentos por comparar y vincular diferentes momentos del siglo XIX.

compartidos, núcleos temáticos de límites difusos y cambiantes, pero identificables al fin, y un marco de referencias teóricas e historiográficas también variable pero no infinito. Se han delimitado así los contornos de un campo problemático que, sin buscar ni generar interpretaciones omnicomprendivas, ha ofrecido en cambio perspectivas sugerentes y resultados novedosos en torno de la política argentina del siglo XIX. Todo esto que puede verse -y que yo veo- como una ventaja, puede también entenderse como un límite: comienzan (¿vuelven?) a escucharse reclamos por una historia total, que recupere su aspiración a construir explicaciones generales del mundo.

Referencias

- Alonso, Paula. 1998. "La reciente historia política de la Argentina del ochenta al Centenario", en *Anuario IEHS*, 13, pp. 393-418.
- Alonso, Paula. 2000. *Entre la revolución y las urnas. Los orígenes de la Unión Cívica Radical y la política argentina en los años '90*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Annales*. 1988. "Histoire et sciences sociales. Un tournant critique?" en *Annales, Économies, Sociétés, Civilisations*, 2 (mars-avril), pp. 291-293.
- Aricó, José. 1988. *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*. Buenos Aires: Puntosur.
- Baczko, Bronislaw. 1984. *Les imaginaires sociaux. Mémoires et espoirs collectifs*. Paris: Payot.
- Bertoni, Lilia Ana. 2001. *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Botana, Natalio. 1977. *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Botana, Natalio. 1994 (nueva edición con estudio preliminar). *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Bragoni, Beatriz. 1999. *Los hijos de la revolución. Familia, negocios y poder en Mendoza en el siglo XIX*. Buenos Aires: Taurus.
- Cansanello, Carlos. 2003. *De súbditos a ciudadanos. Ensayo sobre las libertades en los orígenes republicanos. Buenos Aires, 1810-1852*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Cattaruzza, Alejandro. 1996. "La historia política en el fin de siglo: ¿retorno o transformación?" en Barros, Carlos y Carlos Aguirre Rojas (eds.). *Historia a debate. América Latina*. Santiago de Compostela: HAD.
- Chaves, Liliana. 1997. *Tradiciones y rupturas de la élite política cordobesa (1870-1880)*. Córdoba: Ferreyra Editor.
- Chiaromonte, José Carlos. 1997. *Ciudades, provincias y estados. Los orígenes de la nación argentina (1800-1846)*. Buenos Aires: Ariel.

- De la Fuente, Ariel. 2000. *Children of Facundo. Caudillo and Gaucho Insurgency During the Argentine State-Formation Process (La Rioja, 1853-1870)*. Durham: Duke University Press.
- Gallo, Ezequiel. 1990. "Historiografía política: 1880-1900" en Comité Internacional de Ciencias Históricas (Comité argentino). *Historiografía argentina (1958-1988). Una evaluación crítica de la producción histórica argentina*. Buenos Aires: CICH, pp. 327-338.
- Goldman, Noemí. 1992. *Historia y lenguaje. Los discursos de la Revolución de Mayo*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- González-Bernaldo, Pilar. 2000. *Civilidad y política en los orígenes de la Nación Argentina. Las sociabilidades en Buenos Aires, 1829-1862*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Guerra, François-Xavier. 1992. *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. Madrid: Mapfre.
- Halperin Donghi, Tulio. 1986. "Un cuarto de siglo de historiografía argentina (1960-1985)" en *Desarrollo Económico*, 100: 25 (enero-marzo), pp. 487-520.
- Hora, Roy. 2001. "Dos décadas de historiografía argentina" en *Punto de Vista*, 69 (abril), pp. 42-48.
- Hora, Roy. 2002. *Los terratenientes de la pampa argentina. Una historia social y política, 1860-1945*. Buenos Aires: Siglo XXI de Argentina Editores.
- Lettieri, Alberto. 1998. *La República de la Opinión. Política y opinión pública en Buenos Aires entre 1852 y 1862*. Buenos Aires: Biblos.
- Myers, Jorge. 1995. *Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- O'Donnell, Guillermo. 1982. *1966-1973. El Estado burocrático-autoritario*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano.
- Oszlak, Oscar. 1982. *La formación del Estado argentino*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano.
- Oszlak, Oscar. 1983. "Introducción a la bibliografía sobre ciencia política" en *Crítica y utopía*, 10-11.
- Pocock, J.G.A. 1989. "Languages and Their Implications: The Transformation of the Study of Political Thought" en *Politics, Language and Time. Essays on Political Thought and History*. Chicago y Londres: The University of Chicago Press, pp. 3-41.

Romero, Luis Alberto. 1996. "La historiografía argentina en la democracia: los problemas de la construcción de un campo profesional" en *Entrepasados*, 10.

Sabato, Hilda. 1995. "Historia política, historia intelectual: viejos temas, nuevas ópticas" en Palacios, Marco (comp.). *Siete ensayos de historiografía*. Bogotá: Editorial Universidad Nacional, pp. 97-123.

Sabato, Hilda. 1998. *La política en las calles. Entre el voto y la movilización. Buenos Aires, 1862-1880*. Buenos Aires: Sudamericana.

Sabato, Hilda. 2001(a). "La historia en fragmentos: fragmentos para una historia" en *Punto de Vista*, 70 (agosto), pp. 41-48.

Sabato, Hilda. 2001 (b). "On Political Citizenship in Nineteenth-Century Latin America" en *The American Historical Review*, 106: 4 (October), pp. 1290-1315.

Skinner, Quentin. 1969. "Meaning and Understanding in the History of Ideas" en *History and Theory*, 8, pp. 489-509.

Ternavasio, Marcela. 2002. *La revolución del voto. Política y elecciones en Buenos Aires, 1810-1852*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina.